

## SOBRE LAS PERTURBACIONES AFÁSICAS DESDE EL PUNTO DE VISTA LINGÜÍSTICO \*

*Après tout, c'est ainsi que nous communiquons,  
par des phrases, même tronquées, embryonnaires,  
incomplètes, mais toujours par des phrases.  
C'est ici, dans notre analyse, un point crucial<sup>1</sup>.*

ÉMILF BENVENISTE

3 de septiembre de 1966

HACE MÁS DE TRES DÉCADAS, en 1941, cuando estaba a punto de publicar mi primer estudio relacionado con la afasia, *Child Language, Aphasia, and Phonological Universals* (Jakobson, 1968), me sorprendió hasta qué punto los lingüistas descuidaban las cuestiones relativas a la construcción de la lengua por los niños y sus perturbaciones patológicas. En particular, el campo de la afasia era generalmente pasado por alto. Había sin embargo unos cuantos neurólogos y psicólogos que insistían en el importante papel que la lingüística puede desempeñar en este terreno. Se daban cuenta de que la afasia es ante todo una desintegración de la *lengua*, y puesto que los lingüistas se ocupan de la lengua, son ellos quienes tienen que decirnos cuál es la naturaleza exacta de esas diferentes desintegraciones. Tales eran las cuestiones planteadas por ejemplo por A. Pick (1920), A. Gelb (1924), K. Goldstein (1932) y M. Isserlin (1992). Pero entre los lingüistas mismos reinaba una total indiferencia hacia los problemas de la afasia. Por supuesto, como siempre, puede uno encontrar excepciones.

Así, desde principios de la década de 1870, uno de los gran-

---

\* Quiero dedicar a Émile Benveniste, que fue uno de los primeros en defender la importancia de los estudios estrictamente lingüísticos acerca de los síndromes de la afasia, como homenaje de admiración y afecto este estudio basado en mis aportaciones para el Tercer Simposio Internacional de Afasiología en Oaxtepec, México, en noviembre de 1971, y para el Congreso Peruano de Patología del Lenguaje en Lima, Perú, en octubre de 1973.

<sup>1</sup> Después de todo, es de esta manera que nos comunicamos, mediante las frases, incluso truncadas, embrionarias, incompletas, pero siempre mediante ellas. En nuestro análisis esto constituye un punto crucial. (*N. del E.*)

des precursores de la lingüística moderna, Jan Baudouin de Courtenay, observó e investigó persistentemente casos de afasia, y en 1885 consagró a uno de ellos una detallada monografía en polaco, *De la patología y embriología del lenguaje* (Baudouin de Courtenay, 1885-1886), que debía haber ido seguido de otros artículos. Este estudio combina una rica y cuidadosa colección de datos con una insistencia en la necesidad vital de inquirir en el lenguaje infantil y en la afasia con vistas a la teoría lingüística y a la fonética. Se anticipaban allí posibilidades de encontrar leyes generales basadas en la comparación de los síndromes afásicos con sistemas de lenguajes étnicos. Unas cuantas décadas más tarde, Ferdinand de Saussure, esbozando una reseña del *Programma et méthodes de la linguistique théorique* de Sechehaye (1908), subrayó la pertinencia de los descubrimientos de Broca y de las observaciones patológicas sobre las diferentes formas de afasia, que tienen un interés especial para las relaciones entre psicología y gramática: «*Je rappelle par exemple les cas d'aphasie où la catégorie des substantifs tout entière manque, alors que les autres catégories établies du point de vue de la logique restent à la disposition de sujet*»<sup>2</sup> (Godel, 1957).

Estos llamados significativos no produjeron sin embargo, como la mayoría de las exhortaciones de Baudouin y de Saussure, ninguna respuesta inmediata. Pero actualmente, a partir de la década de los cuarenta y principios de la de los cincuenta, se observa un cambio sustancial. Se hace cada vez más claro «*à quel point l'approche linguistique peut renouveler l'étude de l'aphasie*»<sup>3</sup>, como lo ha señalado la *Pathologie du langage* de H. Hécaens y R. Angelerque (1965): «*Il faut, en effet, que toutes les utilisations du langage libre et conditionné soient analysées à tous les niveaux du système linguistique.*»<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> Recuerdo, por ejemplo, los casos de afasia en donde falta toda la clase entera de sustantivos, mientras que las otras clases establecidas desde el punto de vista de la lógica quedan a disposición del sujeto.

<sup>3</sup> Hasta qué punto la aproximación lingüística puede renovar el estudio de la afasia.

<sup>4</sup> En efecto, es necesario que todos los usos del lenguaje libre y condicionado sean analizados en todos los niveles del sistema lingüístico. (*N. del E.*)

La cuestión de los niveles es ciertamente pertinente. Demasiado a menudo, las tentativas de tratar el aspecto lingüístico de la afasia sufren de una inadecuada delimitación de los niveles lingüísticos. Podríamos decir incluso que hoy la tarea más importante en lingüística es aprender cómo delimitar los niveles. Los diferentes niveles de la lengua son autónomos. Autonomía no significa aislacionismo; todos los niveles están interrelacionados. La autonomía no excluye la integración, más aún: autonomía e integración son fenómenos estrechamente ligados. Pero en todas las cuestiones lingüísticas, y especialmente en el caso de la afasia, es importante abordar la lengua y sus perturbaciones en el marco de referencia de un nivel dado, sin olvidar al mismo tiempo que todo nivel es lo que los alemanes llaman *das Teilganze* y que la totalidad y la interrelación entre las diferentes partes de la totalidad tienen que tomarse en cuenta. Aquí muy a menudo los lingüistas cometen un peligroso error, a saber: abordan ciertos niveles de la lengua con una actitud de heteronomía (colonialismo), más que de autonomía. Tratan un nivel únicamente desde el punto de vista de otro nivel. En particular, cuando nos ocupamos de la afasia, debemos reconocer inmediatamente que el nivel fonológico, aunque por supuesto no está aislado, mantiene su autonomía y no puede enfocarse como simple colonia del nivel gramatical.

Hay que tomar en cuenta el juego mutuo entre *variedad* y *unidad*. Como dice Hécaens, «*l'aphasie est en même temps une et multiple*». Deben distinguirse las múltiples formas de desintegración lingüística, y sería un error estudiar esta multiplicidad desde un punto de vista meramente cuantitativo, como si tuviéramos que ver únicamente con diferentes grados de desintegración, mientras que en realidad nos enfrentamos igualmente con una diversidad cualitativa significativa.

Además, cuando discutimos sobre aquellas formas de afasia en que la perturbación de los patrones sonoros de la lengua es un factor pertinente, debemos recordar que para la lingüística contemporánea no existe en absoluto el campo de los sonidos únicamente por sí mismos. Para el hablante y el oyente los sonidos del habla actúan necesariamente como transportadores de sentido. Sonido y sentido, tanto en la lengua como para la lingüística, son una dualidad indisoluble. Ninguno de estos

factores puede considerarse como una simple colonia del otro: la dualidad de sonido y sentido debe estudiarse tanto desde el ángulo del sonido como desde el del sentido. El grado en que los sonidos del habla son un fenómeno completamente peculiar entre los acontecimientos auditivos quedó aclarado por los notables experimentos llevados a cabo en diferentes países durante la última década: esas investigaciones probaron la posición privilegiada del oído derecho, conectado con el hemisferio izquierdo, en la percepción de los sonidos del habla. ¿No es notable que el oído derecho sea mejor receptor de los componentes del habla, a diferencia de la superioridad del oído izquierdo para todos los sonidos no verbales, ya sean notas musicales o ruidos? Esto nos muestra que desde el principio los sonidos del habla aparecen como una categoría particular ante la cual el cerebro humano reacciona de una manera específica, y esta peculiaridad se debe precisamente al hecho de que los sonidos del habla cumplen un papel claramente distinto y multifacético: de diferentes maneras, funcionan como acarreadores de significado.

Cuando estudiamos los diferentes síndromes lingüísticos de la afasia, tenemos que poner atención constantemente en la jerarquía de los constituyentes lingüísticos y de sus combinaciones. Empezamos con las unidades discretas últimas de la lengua, «rasgos distintivos», o *mérismes*, como propuso llamarlos Benveniste (1966: 121). El papel fundamental desempeñado por la identificación y discriminación de estos cuanta lingüísticos en la percepción verbal y sus perturbaciones afásicas han sido investigados exhaustivamente y mostrados de manera convincente por Sheila Blumstein, que combina una profunda formación en lingüística y en neurología (1973, cf. Goodglass & Blumstein, 1973). El equivalente francés de «rasgo distintivo» es *trait distinctif*, o, en la nomenclatura ocasional de Saussure, *élément différentiel*, mientras que el término *trait pertinent*, utilizado a veces por los lingüistas franceses, es equívoco, porque todo constituyente de la lengua se muestra pertinente en algún respecto y las nociones de distintividad y pertinencia no coinciden.

El complejo de rasgos distintivos concurrentes se llama «fonema», de acuerdo con el término francés *phonème*, introducido en la década de 1870 y gradualmente redefinido. Es un

concepto importante y útil a condición de que se de uno cuenta de su carácter derivado y secundario, desde el punto de vista de la estructura lingüística, en relación con sus componentes, los rasgos distintivos. Las exageradas tentativas de abolir el concepto de fonema están tan infundadas como los opuestos esfuerzos retrógrados por minimizar o incluso descartar el concepto de rasgos distintivos en favor de los fonemas. En el sumario de su monografía, S. Blumstein señala que «la noción *rasgo distintivo* ha proporcionado una explicación de principio de la frecuencia de los diferentes tipos de errores de sustitución cometidos por los afásicos» y que «además, las estrategias de la producción verbal demostradas por los pacientes afásicos sugerían que los valores binarios adscritos a los rasgos y la teoría fonológica podrían ser una parte intrínseca del sistema fonológico del hablante». El principio estructural básico de estos valores, a saber, la oposición de entidades marcadas y no marcadas, muestra ser «un aspecto esencial del análisis fonológico», porque «la noción de marcado caracterizaba la dirección de los errores de sustitución y simplificación cometidos por los afásicos».

La más pequeña unidad que transporta su propio significado es el «morfema», concepto y término introducidos por Baudouin de Courtenay. Desgraciadamente, la terminología lingüística francesa, conforme al testimonio de Meillet, adoptó y utilizó este término en un sentido restringido para traducir la etiqueta alemana de Brugmann *formant*, aplicable a los afijos pero no a la raíz, y resultaron ciertas engorrosas vacilaciones en la nomenclatura gramatical francesa.

Sobre la unidad morfológica más alta, la «palabra» (*mot*), podríamos repetir lo que se dijo en relación con el fonema: es un concepto sustancial que no puede ni descartarse ni considerarse como la unidad gramatical última en lugar del morfema.

La jerarquía inglesa usual de estructuras sintácticas —«frase», «cláusula», «oración» [*phrase, clause, sentence*]— se muestra útil en el análisis del habla afásica espontánea y condicionada. La terminología francesa es menos estable. Tal vez el *noued* de Lucien Tesnière (1959) para el inglés «*phrase*» y los nombres tradicionales franceses *proposition* y *phrase* para «*clause*» y «*sentence*» serían apropiados.

Cuando trabajaba yo en la interpretación lingüística de

datos de afásicos y me aventuré a sistematizar el material analizado a la luz de criterios estrictamente lingüísticos, observé paso a paso las ostensibles correspondencias entre los tipos lingüísticos de afasias y los síndromes topográficos descubiertos por expertos en el estudio de la corteza cerebral, especialmente por A. R. Luria (1964, 1966), y esboqué esos paralelismos manifiestos en mis artículos de 1963 y 1966 (v. Jakobson, 1971). Prefiero sin embargo evitar el establecimiento de ecuaciones sin haberlas sometido a un control interdisciplinario sistemático, y mi propio trabajo se concentra en el aspecto verbal de la afasia en sus múltiples ramificaciones. Pero me siento muy impresionado e inspirado cuando leo el reciente estudio sintético de A. R. Luria, el gran investigador de los mecanismos cerebrales y sus lesiones como factores de las diferentes clases de perturbaciones afásicas (Luria, 1973a). Cuando el creador de la neurolingüística (cf. Luria, 1973), al desarrollar su infatigable investigación de las perturbaciones verbales, expresa su «pleno acuerdo con los conceptos básicos propuestos» en mis tentativas lingüísticas de detectar y clasificar los síndromes lingüísticos de la afasia, y ofrece ulteriores y decisivas referencias a los «mecanismos fisiológicos que subyacen en estas perturbaciones», la conclusión central que podemos sacar es la necesidad de una cooperación cada vez más estrecha entre lingüistas y neurólogos, un escrutinio conjunto y continuo que promete abrir una visión más profunda de los misterios aún inexplorados tanto del cerebro como del lenguaje.

No sólo debemos correlacionar, sino también discriminar constantemente dos fenómenos básicamente diferentes, la emisión y la recepción. Para usar los términos de Charles Sanders Peirce, hay dos diferentes *dramatis personae* en el «sayer» y el «sayee». Sus actitudes hacia el código y el mensaje son bastante diferentes, y en particular la ambigüedad, especialmente la homonimia, es un problema al que sólo se enfrenta el «sayee» (receptor). Sin la ayuda del contexto o situación, al oír el inglés «sun», no sabe si se quiso decir «sun» [«sol»] o «son» [«hijo»], mientras que el «sayer» (emisor) está libre interiormente de la actitud probabilística del «sayee», aunque obviamente puede tomar en cuenta la actitud del receptor para evitar algunos de los problemas homonímicos de este último.

Para ilustrar la diferencia entre el patrón del emisor y el del receptor, permítaseme confesar que aunque logro seguir un discurso italiano claramente expuesto, soy casi incapaz de producir una sola oración en esa lengua. Así, respecto del italiano, no puedo actuar como emisor, sino sólo como receptor, ya sea silencioso o contestando en una lengua diferente. Al estudiar la afasia, debemos recordar la posibilidad de una separación radical entre dos *competences* y la posición privilegiada bastante frecuente de la recepción sobre la emisión. Tal es el estatuto de los niños que han aprendido a entender la lengua de los adultos pero son incapaces de decir nada ellos mismos. La capacidad de decodificar puede despertarse antes y, en el caso de los afásicos, separadamente de la capacidad de codificar.

Prefiero posponer la discusión sobre mi experiencia fonológica en la afasia y sobre los nuevos aspectos de la investigación lingüística de las perturbaciones y desarreglos del patrón sonoro, a pesar de la fascinante perspectiva que estas cuestiones abren actualmente a la fonología. Si al pasar a un nivel más alto, propiamente gramatical de la afasia, y perseguir el principio de la adecuación explicativa, nos confinamos al análisis rigurosamente lingüístico de los desarreglos verbales, nos veremos llevados a obtener de ellos una imagen clara y sencilla. Pero para captar el síndrome lingüístico de un tipo dado de afasia, tenemos que seguir varias líneas directrices.

Primero, un zoólogo no empezaría el estudio de la diferencia entre plantas y animales examinando especies transicionales tales como las esponjas y los corales. Difícilmente empezariamos el estudio de los sexos concentrando nuestra atención en los hermafroditas. Por supuesto, hay muchos casos de afasia híbridos, complejos, mezclados, pero no nos damos cuenta de la existencia de tipos claramente polarizados, y estos casos estrictamente distintos, por decirlo así «puros», como los llaman los neurólogos, deben subyacer en nuestro estudio y clasificación de los afásicos y guiarnos subsecuentemente también en nuestra investigación de los casos fronterizos, cualquiera que sea su frecuencia.

En segundo lugar, la diferencia significativa entre el habla espontánea y condicionada, hecho bien conocido de los lingüistas, debe aplicarse también cuidadosamente al estudio de

la afasia. Además de las respuestas que un paciente da a las preguntas del doctor, tenemos que observar el habla totalmente espontánea del afásico, especialmente en su medio familiar, y comparar estos tipos estructuralmente diferentes de expresiones. Cuando abordamos la cuestión de la reproducción y repetición requeridas, debemos recordar que estos procesos ocupan un lugar muy particular en nuestro comportamiento verbal. En el Simposio de Londres sobre Desórdenes del Lenguaje celebrado en 1963 en la Fundación Ciba, el lingüista A. S. C. Ross habló de la necesidad de *corpora* de textos afásicos, publicados o mimeografiados, con enunciados emitidos en varios tipos de discursos y con diferentes interlocutores (1964). Semejante material es absolutamente indispensable para obtener una descripción y clasificación lingüísticas de los síndromes afásicos. No pueden sacarse conclusiones lingüísticas convincentes sobre la base de una mera colección de respuestas de pacientes a las preguntas del doctor; hechas, además, bajo condiciones bastante artificiales de interrogación médica.

Desde un punto de vista lingüístico quizá las formas más claras de afasias se obtuvieron en casos de franco agramatismo. Poseemos notables ojeadas sobre tales casos de expertos en afasia como A. Pick (1913), Isserlin (1922) y E. Salomon (1914) en el pasado, o en el presente H. Hécaen (1972; cf. Cohen & Hécaen, 1965) y H. Goodglass (1968; cf. Goodglass & Hunt, 1958) y sus colaboradores lingüísticos. Fue Goodglass quien encontró un orden constante y revelador en el tratamiento que dan los afásicos a un sufijo inflexional inglés, un triple homónimo que acarrea tres funciones gramaticales completamente diferentes, a saber el sufijo /-z/, con sus dos variantes posicionales /-iz/ y /-s/. Este sufijo con las mismas variantes posicionales se usa en el plural de los nombres, por ejemplo «*dreams*», en la forma posesiva, por ejemplo «*John's dream*», y en la tercera persona del presente, por ejemplo «*John dreams*», mientras que la última forma que sobrevive es el plural nominal, «*dreams*» (Goodglass & Berko, 1968). En la adquisición de la lengua por los niños, encontramos exactamente el orden inverso, en una imagen simétrica en espejo: el plural «*dreams*» es la primera forma que aparece, la adquisición siguiente es «*John's dream*», seguida final-



mente por la tercera persona «*John dreams*» (Benveniste, 1966). La explicación efectiva se encuentra en la jerarquía de niveles: la forma plural «*dreams*» es una *palabra*, lo cual implica que no hay ninguna secuencia sintáctica, mientras que el posesivo «*John's*» implica el nivel de *frase*, donde «*John's*» es un modificador dependiente de alguna palabra principal como «*dream*», y finalmente, la tercera persona, «*dreams*», requiere una *cláusula* con sujeto y predicado.

Está completamente claro que las estructuras sintácticas más complejas son las primeras que se descartan, y lo primero que se pierde en los casos de agramaticismo es la relación entre el sujeto y el predicado. Los niños empiezan con frases de una palabra (holofrases), luego alcanzan el nivel efectivo de la frase, «*little boy*», «*black cat*», «*John's hat*», «niño chiquito», «gato negro», «sombbrero de Juan», etc., y las últimas que emergen son las construcciones de sujeto y predicado. La adquisición de semejantes construcciones es, de hecho, una revolución verbal y mental. Sólo en esa etapa aparece una verdadera lengua, independiente del *hic et nunc*. Los estudiosos solían hablar de un «predicado psicológico» en el caso de un niño que ve un gato y dice «gato». Esta holofrase se interpretaba como un predicado adjuntado al animal que el niño ve. Pero sólo cuando el niño logra la capacidad de expresar a la vez el sujeto y el predicado en su interrelación, sólo en ese estadio dicotómico está completa la lengua. Los observadores de la lengua infantil de varios países han presenciado diferentes variantes de un mismo acontecimiento. Un niño de unos tres años va hacia su padre y dice «perro miau», y el padre le corrige diciéndole: «No, el gato maúlla y el perro ladra». El niño se enoja y llora. Pero si el padre está dispuesto a entrar en el juego y dice: «Sí, el perro maúlla (o “miau”), y Pepito miau, y mamá también miau, pero el perro y el tío ladran (o “guau-guau”)), el niño generalmente se pone contento. Sin embargo, puede suceder que el pequeño hablante se ponga furioso precisamente ante esa comprensión paterna, porque cree que hablar de perros maullantes es un privilegio infantil, que los adultos no tienen derecho a asumir. La historia refleja un hecho lingüístico importante: al aprender su lengua materna, el niño se da cuenta de que tiene derecho a imponer diferentes predicados al mismo sujeto, «perro» («el perro... corre, duerme,

come, ladra») como también puede combinar diferentes sujetos («perro, gato, Pepito, mamá») con un mismo predicado (por ejemplo, «corre»). Entonces, ¿por qué no extender esta libertad hasta asignar nuevos predicados y decir «el perro miau»? Los malos usos de la libertad son un típico efecto lateral de la liberación verbal y mental del niño respecto de una situación dada. Mientras dice únicamente «corre», o «gato», o «perro», es totalmente dependiente del medio temporal y espacial presente, pero con la aparición de las cláusulas de sujeto-predicado, de pronto puede hablar de cosas distantes en el tiempo o en el espacio, acontecimientos que pertenecen al pasado remoto o al futuro, y además puede construir ficciones completas. Es esta capacidad la que se pierde en casos de afasia francamente gramatical.

Las observaciones sobre los imperativos en la adquisición y disolución de la lengua son extremadamente instructivas. Las estructuras imperativas no implican la existencia del patrón de cláusula con su interjuego de sujeto y predicado. La suposición de que el imperativo es una mera transformación de una estructura verbal declarativa no tiene fundamento. El imperativo es la forma verbal más elemental. Por esta precisa razón, el imperativo, que aparece en el estrato más temprano de la lengua del niño, es el más resistente en la afasia gramatical, y la frecuente tendencia en las lenguas flexivas a confinar la forma imperativa a la pura raíz es a su vez una ilustración convincente de su esencia primitiva.

La ausencia de pronombres personales, que sorprendió a los investigadores del agramaticismo, es paralela a la desaparición de los marcadores relacionales espacio-temporales. Estos fenómenos entran en la categoría de los «*shifters*», o sea aquellas clases gramaticales que implican en su significado general una referencia a aquel mensaje en el que aparecen (cf. Jakobson, 1971a). Estas clases dúplices, traslapadas, son superestructuras marcadas típicas en el sistema gramatical, y este hecho explica su tardía emergencia en la lengua infantil y su temprana desaparición en los casos clásicos de afasia agramatical.

Cuando abordamos el tipo de perturbación que fue delineado recientemente por J. Dubois, H. Hécaen *et al.* (1970; cf. Beyn, 1957), la llamada afasia «sensoria», y la compara-

mos con el agramaticismo, la polaridad lingüística entre estos dos tipos de afasia se hace particularmente patente. Punto por punto, podríamos mostrar una oposición pura y genuina entre los dos síndromes. El punto de divergencia central consiste en el hecho de que en la llamada afasia sensoria los elementos nucleares de la estructura gramatical, los nombres, tienden a desaparecer, mientras que en los pacientes agramaticales son precisamente los nombres los que forman el acervo básico de su vocabulario. La afasia sensoria muestra las diferentes maneras en que son afectados los nombres: son simplemente omitidos o sustituidos por pronombres, por diferentes casi-homónimos, por expresiones figuradas, etc. En resumen, lo que es atacado son los nombres en cuanto unidades morfológicas que son las menos dependientes del contexto y, entre estas unidades morfológicas, se observa ante todo, aunque no necesariamente, una desaparición de los sujetos gramaticales como los constituyentes más independientes de la oración que son los que menos condicionados están por el contexto. Precisamente tales entidades autocontenidas causan las mayores dificultades a este tipo de paciente. Una vez en París el doctor Th. Alajouanine nos mostró un paciente que había adquirido una afasia sensoria típica como resultado de un accidente en el camión que conducía. La mayor dificultad para él era empezar una oración, y más todavía un enunciado entero con un sujeto nominal o pronominal. Cuando le preguntamos, mientras escribía, qué estaba haciendo, contestó: «*J'écris*». Cuando le repetimos la misma pregunta referida a un estudiante que estaba presente, la respuesta fue: «*Il écrit*». Pero cuando le pregunté: «¿Qué estoy haciendo yo?», tuvo inhibiciones antes de decir: «*Vous écrivez*», y lo mismo sucedió con una pregunta similar sobre una enfermera que escribía. Esta curiosa diferencia es fácilmente explicable: en francés *vous* y *elle* son pronombres independientes y actúan como sujetos independientes incluso en oraciones elípticas («*Qui écrit? —Elle!*»), mientras que *je*, *tu*, *il* son meros preverbos.

Estamos de acuerdo con la insistencia en el hecho de que la pérdida principal en la afasia sensoria afecta no precisamente a los sujetos sino a los nombres en general, porque a diferencia del agramaticismo, que es primariamente una desintegración sintáctica, la afasia sensoria, de hecho, preserva la sintaxis y

afecta primariamente a las categorías morfológicas independientes, en realidad autosemánticas.

La relación entre el tratamiento de nombres y verbos es una de las cuestiones más fundamentales para el estudio de la lengua y de las perturbaciones de la lengua. La predominancia de los nombres sobre los verbos en los pacientes agramaticales ha sido demostrada por J. Wepman (1973). Una colaboradora de Luria, L. S. Cvetkova, en su interesante artículo en ruso «Hacia el análisis neuropsicológico de la llamada afasia dinámica» (1968, cf. Luria & Cvetkova, 1968), mostró hasta qué punto nombrar varios verbos era una tarea mucho más difícil para los pacientes en comparación con la más fácil de hacer listas de nombres concretos. En el mejor de los casos se producen dos o tres verbos. Permítaseme confrontar provisionalmente estos datos con los nuevos estudios, todavía preliminares, de R. W. Sperry y M. S. Gazzaniga sobre la comprensión lingüística en pacientes que han sufrido una operación de sección del cerebro (Gazzaniga, 1970). La comprensión de los nombres dirigidos al hemisferio derecho se mostró alta con la excepción de los nombres verbales, ya fuesen *nomina actionis* sin sufijos o *nomina actoris* con el sufijo inglés *-er* (como «*locker*», «*teller*», etc.). También los adjetivos «eran fácilmente identificados con el hemisferio derecho», con la excepción de aquellos que derivan de verbos, tales como «*shiny*», «*dried*» y otros similares. Con los verbos «el nivel de realización era bajo». Estos datos merecen compararse con el interesante ensayo sobre la clasificación de la lengua por el topólogo René Thom (1973).

Plantea una jerarquía de categorías gramaticales con el nombre como la más estable y opuesta a este respecto al verbo, mientras que los nombres verbales están en el mismo nivel que los verbos, y el adjetivo ocupa una posición intermedia entre el nombre y el verbo. De la comparación de todas estas observaciones e ideas se sigue que el verbo es una categoría marcada, una superestructura en relación con el nombre, y tanto la adquisición como la perturbación de la lengua confirman este orden. El confinamiento de «la comprensión de la lengua en el hemisferio derecho» a los puros nombres encuentra su explicación en su naturaleza no marcada. La marca semántica del verbo, a diferencia de la ausencia de marca del

nombre, es su referencia al eje temporal. Así la inmunidad del verbo y de la secuencia sintáctica desplegada en el tiempo son dos rasgos naturales e interconectados de las «afasias temporales».

Muchos problemas sintácticos con que tropieza el estudio de la afasia pueden explicarse por referencia a la jerarquía de las estructuras lingüísticas, es decir a la relación entre la variedad derivada, marcada, y la variedad primaria, no marcada. Los ejemplos citados, a menudo tomados del habla de los niños o los afásicos en lenguas que tienen diferentes terminaciones para el caso nominativo y el acusativo, son los más instructivos. Así, en ruso, «*Papa (nom.) ljubit mamu (ac.)*» («Papá ama a mamá») puede invertirse sin cambio en la relación entre el agente y el paciente gramaticales, que están señalados por dos diferentes sufijos flexivos, pero los afásicos y los niños pequeños entienden equivocadamente la oración invertida «(*Mamu (ac.) ljubit papa (nom.)*)» como «Mamá ama a Papá», porque el primer orden verbal es neutro, no marcado, mientras que el segundo está marcado como expresivo, y sólo el orden no marcado es captado por estos oyentes. El ejemplo del doctor Goodglass: «*The lion was killed by the tiger*» («el león fue matado por el tigre») tiende a ser interpretado por los afásicos como «el león mató al tigre» porque en el orden verbal usual y más normal el sujeto funciona como agente, mientras que aquí se convierte en la víctima, y además porque el pasivo es una superestructura por encima del activo.

No podemos sino estar de acuerdo con el doctor Goodglass en su rechazo de las recientes suposiciones según las cuales las pérdidas de los afásicos afectan sólo a la actuación, pero no a la competencia (cf. Weigl & Bierwisch, 1973). Estas suposiciones están edificadas sobre una concepción muy estrecha y arbitraria de lo que es la competencia. La competencia está lejos de ser fenómeno estático y uniforme. Cada comunidad de hablantes y cada uno de sus miembros dispone de una competencia multiforme, y nuestra competencia para la producción de tal habla es bastante diferente de la que tenemos para la percepción verbal; por otra parte hay una diferencia sustancial entre la competencia en la lengua hablada y en la escrita, y además con subdivisiones decisivas en escritura y lectura. Sería una simplificación abusiva considerar esas diferencias

como meras variedades de la actuación. Los códigos mismos difieren. Nuestra competencia para el estilo explícito de la lengua debe distinguirse de nuestra competencia para diferentes grados de elipsis. Debemos distinguir las pérdidas verbales de un afásico como hablante y como oyente, y difícilmente puede reducirlas el interpretador científico a cuestiones de actuación. Los cambios en el habla de un afásico no son meras pérdidas, sino también sustituciones (Jakobson, 1958), y esas sustituciones pueden ser sistemáticas, como por ejemplo la regularización de verbos irregulares en la lengua *standard*, fenómeno comparable al de las sucesivas competencias de un niño en su acercamiento a la lengua materna. Las formas peculiares de interrelación entre los códigos explícito y elíptico, en los niños o en los afásicos, son un problema intrincado e inminente para el investigador.

Aunque los lingüistas tienen amplias posibilidades en la descripción e interpretación de hechos afásicos dentro del marco de la lengua, sin ir más allá del nivel lingüístico, recordemos que uno de los grandes precursores de la afasiología, y, podríamos añadir, de la lingüística moderna, el neurólogo John Hughlings Jackson, miraba la afasia como una de las posibles perturbaciones semiológicas que pueden ocurrir ya sea singularmente o concomitantemente con otras pérdidas, y prefería el término «asemasia» propuesto por Allan MacLane Hamilton como nombre genérico (Jackson, 1958; Hamilton, 1878). Por supuesto, a menudo la perturbación puede limitarse únicamente a la lengua, pero debemos examinar consistentemente los problemas de la lengua en relación con otros problemas de los signos, tales como gestos, gráficos, música, etc., y sus interrelaciones. Aunque contamos con significativos trabajos de investigación sobre alexia y agrafia, los estudios sobre la afasia descuidan a menudo las cuestiones relativas a la relación y la diferencia entre el habla y la escritura. Cuando por ejemplo se examina la afasia única o primariamente sobre la base de las reacciones orales del paciente a palabras escritas, el problema de la diferencia significativa entre palabras escritas y habladas no se tiene en cuenta. Hay también una diferencia digna de notarse entre la manera en que los pacientes reaccionan en sus enunciados ante objetos y ante imágenes de objetos, pues las imágenes entran en el campo de los signos, son hechos

semiológicos. Cuestiones como la brecha entre la afasia y la amusia, claramente señalada por E. Feuchtwanger a principios de la década de los treinta (1932), podrían y deberían conectarse con la falta asombrosamente frecuente de oído y de sentido de la música entre los más grandes poetas alabados por la «musicalidad» de sus versos, que aparece aquí como una simple metáfora.

En resumen, el desarrollo ulterior de la investigación lingüística de la afasia exige una mayor concentración en la descripción y clasificación de los síndromes puramente verbales (cf. estudios recientes como Pick, 1913), pero prestando constantemente atención al conjunto del marco de preferencia semiológico. El progreso de todo estudio lingüístico y de la investigación neurolingüística en particular depende de investigadores que tomen más y más en cuenta el hecho de que la diferencia de patrones examinados consiste no sólo en la presencia o ausencia de ciertas propiedades, sino también —e incluso sobre todo— en la diferencia entre los rasgos predominantes; en una palabra, en su diferente jerarquía.

## BIBLIOGRAFÍA

BAUDOIN DE COURTENAY, JAN

1885-86 «Z patologii i embryologii jezyka», *Prace Filologiczne*, I.

BENVENISTE, ÉMILE

1966 *Problèmes de linguistique générale* (Paris).

1966a «La forme et les sens dans le langage» (Ginebra).

BERKO, J.

1958 «The Child's Learning of English Morphology», *Word*, XIV.

BEYN, E. S.

1957 «Osnovnye zakony struktury slova i grammatičeskogo stroenija reči pri afazijax», *Voprosy Psixologii*.

BLUMSTEIN, SHEILA E.

1973 *A Phonological Investigation of Aphasic Speech* (The Hague: Mouton).

COHEN, D. & H. HECAEN

1965 «Remarques neuro-linguistiques sur un cas d'agrammatisme», *Journal de Psychologie Normal et Pathologique*.

CVETKOVA, L. S.

1968 «K nejropsixologičeskomu analizu tak nazывaemoj dinamičeskoj afazii», *Psixologičeskie Issledovanija* (Moscow University Press).

DUBOIS, J. & H. HECAEN et al.

1970 «Analyse linguistique d'énoncés d'aphasiques sensoriels», *Journal de Psychologie Normal et Pathologique*, LXVII.

FEUCHTWANGER, E.

1932 «Das Musische in der Sprache und seine Pathologie», *Proceedings of the International Congress of Phonetic Sciences* (Amsterdam).

GAZZANIGA, M. S.

1970 *The Bisected Brain* (Nueva York: Appleton Century Grofts).

GELB, A. & K. GOLDSTEIN

1924 «Über Farbennamenamnesie nebst Bemerkungen über das Wesen der amnestischen Aphasie überhaupt und die Beziehung zwischen Sprache und dem Verhalten zur Umwelt», *Psychologische Forschung*, VI.

GODEL, R.

1957 *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale de F. de Saussure* (Ginebra-Paris).

GOLDSTEIN, K.

1932 «Die pathologischen Tatsachen in ihrer Bedeutung für das Problem des Sprache», *Bericht über den XII Kongress der Deutschen Gesellschaft für Psychologie in Hamburg* (Jena).

GOODGLASS, H.

1968 «Studies on the Grammar of Aphasics», *Journal of Speech and Hearing Research*, XI.

GOODGLASS, H. & J. BERKO

1968 «Agrammatism and Inflectional Morphology in English», *Journal of Speech and Hearing Research*, XI.

GOODGLASS, H. & J. HUNT

1958 «Grammatical Complexity and Aphasic Speech», *World*, IV.

GOODGLASS, H. & S. E. BLUMSTEIN (comps.)

1973 *Psycholinguistics and Aphasia* (Baltimore: Johns Hopkins University Press).

HAMILTON, ALLAN MCLANE

1878 *Nervous Diseases: Their Description and Treatment* (Philadelphia).

HECAEN, H. (ed.)

1972 *Neurolinguistique et neuropsychologie*, Langage, XXV.

HECAEN, H. & R. ANGELERGUES

1965 *Pathologie du langage-l'aphasie* (Larousse).



ISSERLIN, M.

1922 «Über Agrammatismus», *Zeitschrift für die gesamte Neurologie und Psychiatrie*, LXXV.

JACKSON, JOHN HUGHLINGS

1958 *Selected Writings*, II (Nueva York).

JAKOBSON, ROMAN

1968 *Child Language, Aphasia, and Phonological Universals* (The Hague: Mouton). Trad. del original alemán publicado en 1941.

1971 *Studies on Child Language and Aphasia* (The Hague: Mouton).

1971a «Shifters, Verbal Categories, and the Russian Verb», *Selected Writings*, II (The Hague: Mouton).

LECOURS, A. R. & F. L'HERMITTE

1973 «Phonemic Paraphasias», *Psycholinguistics and Aphasia*, comp. por H. Goodglass & S. E. Blumstein, (Baltimore: Johns Hopkins University Press).

LURIA, A. R.

1964 «Factors and Forms of Aphasia», *Ciba Foundation Symposium: Disorders of Language* (Londres).

1966 *Higher Cortical Functions in Man* (Nueva York: Basic Books). Trad. del original ruso publicado en 1962.

1973 «Basic Problems of Neurolinguistics», *Current Trends in Linguistics*.

1973a «Two Basic Kinds of Aphasic Disorders», *Linguistics*, CXV.

LURIA, A. R. & L. S. CVETKOVA

1968 «The Mechanism of "Dynamic Aphasia"», *Foundations of Language*, IV.

PICK, A.

1913 *Die agrammatischen Sprachstörungen* (Berlin).

1920 «Aphasie und Linguistik», *Germanisch-romanische Monatsschrift*, VIII.

ROSS, A. S. C. *et al.*

1964 «Edition of Text from a Dysphasic Patient», *Ciba Foundation Symposium: Disorders of Language* (Londres).

SALOMON, E.

1914 «Motorische Aphasie mit Agrammatismus», *Monatsschrift für Psychologie*, I.

TESNIÈRE, LUCIEN

1959 *Eléments de syntaxe structurale* (Paris).

THOM, RENE

1973 «Sur la typologie des langues naturelles: essai d'interprétation psycho-linguistique», *The Formal Analysis of Natural*

*Languages*, comp. por M. Gross, M. Halle, M. P. Schutzenberger (The Hague: Mouton).

WEIGL, E. & M. BIERWISCH

1973 «Neuropsychology and Linguistics», *Psycholinguistics and Aphasia*, comp. por H. Goodglass & S. E. Blumstein (Baltimore: Johns Hopkins University Press).

WEPMAN, J. M. *et al.*

1973 «Psycholinguistic Study of Aphasia», *Psycholinguistics and Aphasia*, comp. por H. Goodglass & S. E. Blumstein (Baltimore: Johns Hopkins University Press).